

CAPÍTULO II.

CONDICIONES DE LA CIENCIA.

¿Es posible la ciencia como sistema de verdades ciertas? En otros términos, ¿podemos adquirir la verdad y la certeza sobre los objetos de nuestras especulaciones, y formular en sistema el resultado de nuestras investigaciones? Esta cuestión es por sí misma un objeto de la ciencia y pide un examen profundo (1). En esta introducción debemos solamente fijar las *condiciones* que la ciencia debe satisfacer, suponiendo sea accesible al espíritu humano.

Las condiciones de la ciencia se deducen de su definición y son de tres clases: las unas conciernen al *fondo*, las otras á la *forma*, y las últimas al *instrumento* de la ciencia. Las primeras reciben el nombre de materiales, de formales las segundas, y de instrumentales las terceras.

I.

CONDICIONES MATERIALES.

Las condiciones materiales consideran el *fondo* de la ciencia, esto es, la verdad y la certidumbre, y promueven desde que se las trata el formidable problema de la *legitimidad* de nuestros conocimientos ó del *valor objetivo* de nuestro pensamiento. Nada más fácil que definir la verdad «la relación adecuada entre el pensamiento y su objeto:» pero cuándo hay tal ecuación, y cómo podemos saber si nuestro pensamiento reproduce exactamente la realidad? Por poco que uno se detenga en esto, desaparece la certeza.

La verdad, en efecto, contiene dos términos que concuerdan perfectamente; pero para verificar esta armonía, tendríamos necesidad, parece, de una medida comun entre nuestro pensamiento y la realidad. Y esta medida comun no existe, y aunque existiera, no adelantariamos más, porque para hacer la aplicación deberíamos conocerla, presentándonos la misma dificultad entónces con motivo del concepto de la medida. Para salir de dificultades, convendría

(1) *Lógica, teoría general del Conocimiento y Organización del mismo*, 1865.

que pudiéramos comprender el objeto en el hecho, fuera de nosotros, sin la participación de nuestra inteligencia, y *comparar* lo que es en sí mismo, en su propia esencia, con el concepto que tenemos formado. Pero este medio nos hace falta todavía. Comparar es pensar. Imposible conocer nada, ni afirmar nada sin pensar, y en consecuencia la cuestión propuesta jamás recae sobre el objeto mismo, porque no cabe fuera de los límites del pensamiento, sino solamente en el concepto ó la concepción del objeto. Sea como quiera, nuestro pensamiento, sólo puede ser reprobado por otro pensamiento, que á su vez carezca de prueba eficaz. Todo argumento que se alegue en favor de una proposición admisible puesta en estado de presunción, emana del mismo origen sospechoso, de nuestra inteligencia, y no ofrece ninguna nueva garantía de su propia legitimidad; y en cuanto á esperar que nuestros semejantes puedan ser juzgados entre nuestros pensamientos y la realidad, es menester no pensarlo, porque la cuestión es la misma para ellos que para nosotros: se trata del valor del conocimiento humano en general. ¡Ah! ¡Si existiese un sér superior que conociese la verdad, y quisiera advertirnos cuándo nuestro pensamiento está conforme con la naturaleza de las cosas, la cuestión concluiría sin duda!.... Pero no, la cuestión no estaría más que aplazada: tendríamos conocimiento de ese sér y preguntariamos ¿qué confianza merece este conocimiento?

El problema de la verdad parece, pues, insoluble, á causa de la imposibilidad en que estamos de examinar si la relación es perfecta entre el sugeto y el objeto del pensamiento. Y consideramos que esta solución negativa no interesa solamente á tal ó cual especie de conocimientos, sino á todo el sistema del conocimiento. Nada impide, por lo demás, examinar rápidamente si es necesario hacer una excepción en favor de algun orden de verdades. Adquirimos los conocimientos con ayuda de nuestros *sentidos* en los límites de la observación, y con ayuda de la *razón* pura superior á toda experiencia. Pero los primeros implican la existencia de un intermediario entre el sugeto y el objeto del pensamiento; porque sólo percibimos los objetos exteriores mediante nuestros órganos, gracias á la impresión que causan en nuestros nervios; y en consecuencia, está permitido imponer que los objetos están ya desfigurados cuando se presentan al espíritu después de haber pasado por el conducto de los sentidos. Los segundos no ofrecen el mismo inconveniente, pero nos lanzan en el mundo de la especulación, en el dominio de lo in-

finito y de lo absoluto, en que la incertidumbre parece más grande aún que en la region de los fenómenos. Examinándolo bajo otro punto de vista, tenemos los conocimientos *immanentes*, cuyo objeto está en nosotros, y los conocimientos *trascendentes* cuyo objeto está fuera de nosotros mismos. Están naturalmente expuestos á todas las dificultades inherentes al problema de la verdad, puesto que el sujeto y el objeto son extraños el uno al otro, y quizá incompatibles; pero aquellos parecen reunir las condiciones de la certeza. En efecto, en la conciencia que tenemos de nosotros mismos, somos á la vez sujeto y objeto del conocimiento: los dos términos son, por consiguiente, idénticos, y su relacion es adecuada. Sin duda, ¿pero no es una ilusion? Lo que sabemos de nosotros mismos no es siempre un pensamiento, ¿y cómo probar que nuestra esencia es tal cual la comprendemos? ¿Cuántas veces no nos acontece engañarnos á causa de nuestras cualidades, de nuestro carácter, de nuestras disposiciones! ¿Nuestros defectos no son una manifestacion de nuestra naturaleza, y nuestra naturaleza, desde este momento, no pone obstáculo al conocimiento de nuestras faltas? ¿Cómo podríamos ser viciosos, si nos conociéramos tales como somos?

La consecuencia de esta situacion es la *duda*, y puesto que carecemos de toda certeza, nuestra duda es *universal*. Si nos preguntamos con Descartes, el reformador de la filosofía, el Sócrates de los tiempos modernos, ¿qué sabemos ciertamente? Debemos en conciencia responder: «nada.» No podemos afirmar ni la existencia de Dios, ni la existencia del mundo, ni la existencia de nosotros mismos, porque en cada una de estas afirmaciones hay un sujeto y un objeto que nos son desconocidos y cuya relacion es un misterio: ¿Qué es la existencia? Lo ignoro. ¿Con qué derecho concederia entonces la existencia á un objeto cualquiera? Es menester tomar un partido; el dogmatismo ha muerto, el escepticismo comienza. Resignémonos, pues, á olvidar todo lo que creamos saber y quedemos á oscuras nuestras almas. Esceptuemos nuestras ilusiones y nuestras preocupaciones. Figurémonos que hemos soñado hasta hoy, que la voz de la conciencia nos ha despertado, y confesemos ahora que no hay verdad, ó ántes bien no digamos nada, por temor de afirmar alguna cosa de la que no estemos ciertos.

Expliquemos, sin embargo, que la situacion no es quizá tan desesperada como parece. Desde luego debo hacer notar que hay dos clases de duda, á saber, la *duda de los escépticos*, que se ha

propuesto resueltamente como la última palabra de la ciencia, y la duda *provisional* ó *metódica*, la duda de Sócrates y de Descartes, que es el origen de la sabiduría. Los escépticos dudan por dudar, los cartesianos dudan por llegar más seguramente á la verdad. La duda definitiva es el vacío, es la nada, la muerte de la inteligencia; la duda metódica es una luz y una iniciacion á la filosofía. La una es la negacion de la razon; la otra la negacion de los abusos de la autoridad ó las temeridades del dogmatismo. Esta nos incita á suspender nuestro juicio y á marchar con prudencia por el camino de la ciencia; aquella nos prohíbe juzgar, y juzga que la ciencia es una obra de la locura.

El *escepticismo*, como doctrina, es esencialmente contradictorio, porque no puede enunciarse sino bajo pena de destruirse. Tan pronto como afirma que no existe ni verdad ni certeza, se convierte en dogmático. Cuando se sabe que no se sabe nada, se sabe al ménos alguna cosa. No es, pues, el escepticismo la doctrina que proclamo, al insistir sobre las dificultades de la ciencia. No creo la duda un estado permanente, sino un estado transitorio del pensamiento, porque tengo la firme conviccion de que nos libertaremos de ella despues del exámen de los resultados de la ciencia. Estamos en la duda, ciertamente, pero es para llegar á la verdad.

La *duda metódica* tiene sus ventajas. Platon la considera como una purificacion del espíritu, y Descartes como una condicion de la certeza. En efecto, desembaraza el espíritu de una multitud de conceptos incoherentes y confusos, de hábitos y tradiciones intelectuales, religiosas y sociales, que son un obstáculo á la avereriguacion y trasmision de la verdad; nos sustrae á las influencias alguna vez funestas de la educacion, de la familia y de la nacion; provoca el exámen, y asegura la independenciam del pensamiento. Precisamente es este el medio en que nace la certeza. Si la duda mezcla la verdad con el error, no debemos inquietarnos; el bien volverá, y se afirmará por la adhesion de la conciencia más ilustrada. La duda prepara la *crítica*, sin la cual no es posible la filosofía. Quien no sabe dudar no sabe filosofar.

Pero se agita una *cuestion prévia*. Se pregunta si es una necesidad para el espíritu humano principiar en la ciencia por la duda. ¿No hay algun remedio para esta situacion llena de peligros y de perplegidades? Puesto que el mal procede de la razon, siempre dispuesta á contradecir, ¿no nos libertariamos á un tiempo de la duda

y seríamos dueños de la verdad, aceptando las enseñanzas de la *fé* y de la *revelacion*?

Veamos. La *fé* es quizá el contrapeso de la razon. Pero ¿es una sumision *ilustrada* ó una sumision *ciega* la que se nos propone? Si es *ilustrada*, ¿qué cambio acarrea al estado de la cuestion? Ninguno, porque implica la discusion de la revelacion y de su contenido, y no dispensa siquiera el exámen de la existencia de Dios, si puede entrar en comunicacion con los séres finitos y si podemos comprender su pensamiento. Bajo este punto de vista, la revelacion pertenece á la ciencia y debe ser admitida en las mismas condiciones que la ciencia. ¿Quién ha rechazado nunca en conciencia la verdad, de cualquier parte que proceda? En cuanto á una sumision *ciega*, no resuelve la cuestion, la suprime: anula la duda anulando el pensamiento, impide el abuso prohibiendo el uso, quita la vida para curar el mal. Es evidente que sin el pensamiento no hay duda ni error, pero es igualmente cierto que no hay verdad ni certeza. Semejante abdicacion de la inteligencia no puede ser ofrecida con dignidad. La historia enseña que en ciertas épocas una creencia se impone injustamente á los espíritus incultos, pero jamás se pide una obediencia sin censura á los espíritus ilustrados. Nadie podria consentir semejante degradacion, aun cuando la quisiera. Examinar y discutir todos sus actos no es solamente para el hombre un derecho y un deber, sino una necesidad de su naturaleza. Tambien es imposible al pensamiento dejar de pensar, al ser razonable despojarse de su razon, como imposible es al hombre maduro volver á las ocupaciones de la infancia, á la sociedad presente volver á tomar las instituciones de la Edad media, al tiempo retroceder. Para soñar tan loca empresa es menester tener el espíritu oscurecido por añejas preocupaciones, hasta el punto de olvidar uno donde está. Tambien los teólogos de nuestros dias, renunciando á vanas declamaciones contra la civilizacion, comienzan á comprender que es necesario tener en cuenta las necesidades de la inteligencia, aun en los debates religiosos. La libertad de pensar no es un crimen penado de muerte; la discusion está abierta por una y otra parte sobre el valor de la revelacion.

Nosotros no debemos preocuparnos aquí acerca de los resultados de esta discusion: afirmamos solamente los derechos del pensamiento, cualesquiera que sean sus consecuencias. Pero algunos autores insisten sobre la cuestion previa. Sostienen que no hay lugar

á exámen, puesto que la revelacion viene de *Dios* y porque Dios es infalible. Para responder á este argumento, es menester repetir que no se trata de Dios, sino de *nosotros* en el problema de la verdad y de la certeza. No hemos reconocido aun la existencia de Dios, y en consecuencia no podemos ni pretender ni negar que Dios posee la ciencia. Pero ¿qué importa? La cuestion está en saber si la ciencia es posible y cómo para el hombre. Esta última cuestion es más general que la primera y la envuelve; porque la ciencia comprende además el conocimiento que tenemos de Dios y de sus atributos. Podemos hablar de Dios segun nuestro pensamiento. Dios puede ser el sugeto del conocimiento por sí mismo, pero para nosotros es el objeto, y nosotros somos el sugeto de nuestro conocimiento. Pero preguntamos cómo este sugeto limitado, que es nuestro *yo*, puede asegurarse de su acuerdo con el objeto. Esta cuestion descansa en Dios como en todo otro objeto. Es, pues, una peticion de principio el suponer que Dios, que es aun una hipótesis para nosotros, nos libra de toda cuestion ó nos manumite de las condiciones de nuestra limitacion.

Lo mismo sucede con la revelacion que con Dios. Una de dos: ó es un objeto del pensamiento, ó no lo es. En el primer caso, está expuesta á todas las dificultades de la ciencia, léjos de superarlas á título de remedio: debe ser conocida para que se la admita, y puede conocerse, ya de una manera exacta ó inexacta, ya de una manera cierta ó problemática. En el segundo caso, viene á ser extraña á la conciencia humana y no tiene aprecio en la ciencia: no es verdadera ni falsa, ni cierta ni incierta; no puede afirmarse ni contradirse; es para nosotros como si no existiera.

Que la revelacion tiene sus espinas y está minada por la duda, como todos los demás objetos del pensamiento, lo prueba sobradamente la historia de las heregías. No nos alimentemos con vanas ilusiones! Los teólogos encarecen la revelacion. Enhorabuena; pero ¿cuál? La cuestion es embarazosa: para entender piadosamente las vicisitudes del pensamiento convendria al ménos que la revelacion fuera una y la misma en todos tiempos y lugares. Desgraciadamente estamos en presencia de muchas doctrinas reveladas que se contradicen y desacreditan, desde las de Zoroastro, Moisés y Budha hasta la de Mahoma. No hay más que una *verdadera* revelacion, se me responde. Conforme; pero ¿cuál?... Si reflexionamos rectamente, llegaremos al criterio de la verdad y del error que nos lisonjeamos de evitar. Al presente ¿quién decidirá entre la revelacion ver-

dadera y las revelaciones falsas? Si es la fé, todas las doctrinas reveladas son verdaderas, porque todas tienen sus creyentes; y entónces, ¿qué diferencia existe entre la verdad y el error? Si es la razon, la revelacion está por consiguiente sometida al juicio de la razon; y entónces, ¿qué hemos ganado?

Acabada la cuestion prévia, volvamos á nuestro asunto. Es cierto al presente que el problema de la ciencia sólo es susceptible de una solucion racional. Si es un veneno la razon, el mal no tiene remedio, ó la razon debe curarse á sí misma. Por más que se quiera ó que se haga, debemos aprobar todo lo que es racional y condenar todo lo que es irracional; porque no tenemos más guia que la razon en la averiguacion de la verdad. Dejémonos, pues, conducir por la razon, y aceptemos siempre toda enseñanza, filosófica ó religiosa, en los límites de la razon.

Nos conducimos, pues, nosotros mismos, puesto que es nuestra ciencia la que peligra; y cualquiera que sea el objeto de nuestro pensamiento, Dios ó el mundo, el yo ó el no yo, un hecho ó un principio, estamos siempre expuestos al error. ¿Cómo asegurarnos de si la realidad es en sí tal como la pensamos? Algunos autores modernos, penetrados de esta dificultad, han comprendido que para salir bien convendria proceder con método, abandonar provisionalmente al escepticismo todos los objetos que promueven la menor duda, y buscar desde luego una primera verdad que sea evidentemente incontestable para todos, aun para los escépticos. Quizá se engañen en la expresion de esta verdad, pero están en el camino de la solucion. En efecto, el pensamiento, atormentado por el enemigo y desconfiado de sí mismo, tiene necesidad de concentrarse y de encontrar un punto de apoyo para elevar el edificio de la ciencia. Y ya que la duda surge del enunciado mismo del problema de la verdad, ya que existe en la distincion del sugeto y del objeto del conocimiento y en la posibilidad de su desacuerdo, el punto de apoyo debe ser *superior* á la oposicion que existe entre el sugeto inteligente y el objeto conocido. Esta afirmacion primera, que sirve de base á todas las demás, es el *punto de partida* de la ciencia. En las condiciones señaladas, se puede desafiar la duda más tenaz, puesto que el sugeto y el objeto del pensamiento no se presentan en el estado de antítesis, sirviendo más bien de lazo de union entre el dogmatismo y el escepticismo, puesto que está implicada en todos los actos del pensamiento sin distincion de opiniones.

Descartes, Fichte y Krause se ocupan siempre de este sugeto. El primero, dudando de todo, figurándose que era juguete de algun génio malo, observa, que lo que pudo imaginar en favor de la duda, era nada ménos que una manifestacion de su pensamiento, y su pensamiento una manifestacion de su existencia; toma por punto de partida la fórmula: *Pienso, luego soy*, y reconoce la certeza en la evidencia que acompaña la verdad. El segundo busca una fórmula más simple que el razonamiento, y propone para punto de partida un juicio idéntico, así concebido: *Yo=yo* ó *yo soy yo*. El tercero, en fin, observa que el razonamiento de Descartes contiene tres términos: el yo, el pensamiento y la existencia; que el juicio de Fichte contiene dos: el yo y la identidad, mientras que el punto de partida no supone más que uno sólo; dá por base á la ciencia una simple intuicion, el pensamiento *yo*, que se halla en el fondo de todas las operaciones del espíritu, y no puede ocasionar ninguna contestacion por parte del escepticismo. Los tres están de acuerdo para fijar el punto de partida de la ciencia, no en la fé, sino en la razon; no en nuestras conciencias trascendentales, sino en la conciencia que tenemos de nosotros mismos ó en la psicología.

No afirmamos, desde este instante, que el punto de partida de la ciencia se haya encontrado. La discusion vendrá en tiempo y lugar (1), pero sostenemos ahora que la averiguacion de ese punto es el primer objeto, y su existencia la primera *condicion* de la ciencia. Ninguna ciencia es posible sin un punto de partida, bien probado. Con un punto de partida, al contrario, la cuestion de la posibilidad de la verdad y de la certeza está resuelta para nosotros, al ménos en parte, en su origen: tenemos, pues, entrada en la ciencia, estamos en posesion de una verdad primera, que está al abrigo de los ataques del escepticismo. Esto ya es mucho, para quien sabe apreciar la ciencia. La duda, desde ahora, no es absoluta ni invencible; la verdad ha encontrado su criterio; se ha alcanzado una primera posesion que promete otras, merced al método. Bastará quizá determinar el punto de partida bajo todas las relaciones para hacer brotar una série de verdades nuevas. Puede suceder tan sólo, que no comprenda todo el conjunto de verdades immanentes y trascendentes que querríamos conquistar, y que así la posibilidad de la ciencia en general exige aun otras condiciones.

(1) Psicología, 1.^a parte, cap. 2.^o, Bruselas, 1862.